

El perdón de Dios, mi perdón

En numerosas ocasiones a nosotros se nos torna difícil vivir como cristianos, imitar desde nuestra situación lo que el mismo Jesús hubiese hecho sin ninguna duda. Y es que es fácil que nunca nos hayamos puesto en su lugar, ni siquiera que hayamos intentado imaginarnos como piensa él, ni como actuaría en nuestras situaciones concretas, en la vida de cada día. La imagen que tenemos de Dios desde la Biblia es que es una persona misericordiosa hasta el fin, que ama y por eso siempre perdona, que perdona porque ama. Esa es la misericordia divina por encima de justicias humanas, de leyes y demás "zarandajas". No basta solo con la apariencia es necesario el interior de un corazón sincero que muestra y demuestra actitudes compasivas y de comprensión sin esperar primeros pasos o iniciativas.

Sería bueno que pensáramos y reflexionáramos desde Dios. Por ejemplo, podríamos desempeñar el papel de jueces en el gran discernimiento final. ¿Qué actitudes tendríamos? ¿Que balance haría Dios (yo) de mi vida? Seguramente todos pensamos que aún nos quedan cosas que mejorar, que podríamos ser un poquito mejores, que nuestra vida debería ser una pizca más evangélica. Y desde ahí pensar cuánto nos tiene que perdonar Dios de nuestra vida pasada, presente y futura. Qué esfuerzos no tendrá que hacer para ser misericordioso conmigo, con mis comportamientos, con mis actitudes, con mi carácter, con mis palabras,...

Es buen ejercicio éste. Dios siempre esperando el verdadero momento de la conversión. Nosotros dándonos siempre una nueva oportunidad después de que él ya nos la dio hace tiempo. Ejercicio saludable, sí señor. Pensar que soy Dios y que tengo que volver a darme una nueva oportunidad. ¿Cómo sería si nos tuviéramos que aguantar cada uno a nosotros mismos? ¿Pidiéndonos perdón continuamente? Dios misericordioso, lento a la ira y rico en piedad.

Este Dios ideal y real se traduce en un hombre y una mujer que perdona, que tiene entrañas de

misericordia siempre y con todos. Ponerme en el papel de Dios me lleva a actuar como él, a ser como él. Ponerme en el papel de cristiano me conduce a imitarlo. "Amar incluso a los enemigos", "Perdonar hasta setenta veces siete", son la forma de actuar del Amor. Dios es Amor, nos lo cuenta San Juan en su primera carta.

¿Quién dice que todo está perdido? ¿Quién se atreve a pensar, con el Evangelio en la mano, que no hay salida para esta situación? Siempre caben nuevas posturas, nuevos diálogos y nuevos sentimientos de amor. Lentos, pero seguros. Si de algo tenemos que pecar los cristianos es de que todo tiene solución, si en algo tenemos que fallar es en confiar que las cosas pueden cambiar. El optimismo es el sentimiento cristiano por excelencia, es confianza en la Nueva Creación, es esperanza en la Resurrección: "Esperar contra toda esperanza".

El Amor y el Perdón son dos cosas unidas en Dios, y en el mundo, y en nosotros, y, por supuesto, en mí que estoy en el puesto de Dios. Recuperar la vida con ojos claros y limpios, con un corazón entrañable, con labios que anuncian alegría y paz, con unas manos que obran y llevan el agua pura, límpida y refrescante de la salvación que no es otra cosa que el Amor de Dios por el género humano.

Ya que el deporte es salud y estamos en la época de los gimnasios, hagamos el mejor ejercicio de todos, el del perdón ejercitando los corazones dormidos y comodones. Resuena la frase de los Hechos de los Apóstoles sobre los primeros cristianos: "Fijaos como se quieren".

Miguel Á. Jiménez

